

EL OYENTE DE LA NATURALEZA RECORDANDO A FIDEL JOSÉ FERNÁNDEZ

Pedro Rodríguez Panizo



A finales del próximo septiembre hará dos años que nos dejó Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo, naturalista total, extraordinario matemático y mejor persona. Cuanto más se aleja en el tiempo esa fecha de 2022, tanto más crece nuestra gratitud por haber sido agraciados con su amistad y su entusiasmo. No hay vez que hable con algún monteño que no comentemos la extrañeza que todavía nos produce su muerte prematura, el hondo hueco de su falta, su condición de imán que atraía a cuantos amamos la naturaleza en general, y el Refugio de Rapaces de Montejo en particular.

En todo este tiempo, no han dejado de llegar testimonios de su presencia en forma de fotos, vídeos, escritos, grabaciones de voz... Con la emoción que procura experimentarlos como trozos momificados de tiempo, en especial cuando son imágenes en movimiento. En ellos aparece Fidel José en diferentes edades y etapas de su vida, siempre entregado por entero al estudio y la conservación de las Hoces del Riaza. Cada uno de esos recuerdos consigue actualizar momentos imperecederos, rescatando del río del olvido su verdad más profunda. Para los antiguos griegos, des-olvido era otra forma de decir verdad, de modo que esos testimonios que nos van llegando como restos de un naufragio, nos invitan a recordar, cada vez que aparecen en nuestro frágil presente, que su vida es demasiado grande como para caber en nuestra débil memoria, y hasta en el propio olvido; pero también, de lo precario y efímero de la vida, de lo fácil que es perder lo fundamental cuando no se vive a la luz de este descubrimiento.

La memoria es una de las capacidades humanas más extraordinarias. En ella hacemos la experiencia originaria del pasado en tanto que pasado, «resucitándolo» en cierto sentido, pero sin dejar de ser una re-

presentación y, por ello, una fuente de nostalgia y de elegía, pues esa capacidad lo trae al presente como lo que ya no puede volver, haciéndonos palpar de bulto el hueco de la ausencia. Si, por una parte, nos permite sobrenadar a través de la caducidad del tiempo, como una participación finita en la Eternidad; por otra, es una invitación a reconocer la belleza y el lirismo que hace posible el hecho de que todo esté comenzando, durando y terminando, como en los dramas del teatro o del cine, y a admitir que solo Dios puede dar vida a los muertos y llamar a la existencia a las cosas que no son (Rom 4,17).

Entre esos trozos de tiempo momificado, me ha aparecido estos días el original de un informe que escribí con 17 años, en 1977 (Fidel tenía 20 y estaba ya estudiando matemáticas), sobre una estancia de cinco días que pasamos juntos en el Refugio, en el mes de diciembre (del 17 al 21), titulado *Crónica de una estancia*. En el mes de julio de ese mismo año pasé también con él una semana entera, pernociando, cuando todavía se podía acampar en Montejo, en una tienda isotérmica roja que tenía por entonces. Las 18 páginas del informe, a una cara y en folio, escritas a máquina de la época, delatan su antigüedad por el color parduzco que han ido tomando las hojas con el paso inexorable del tiempo. Se trata del original que le envié en su día y que guardaba en sus archivos con modo y orden, junto a los demás que le remitían todos los que hacían alguna visita al Refugio y ponían por escrito sus observaciones. Es un dato conocido por cuantos le tratamos de que semejantes materiales, además de sus propios informes y Hojas Informativas, fueron adquiriendo tal volumen que no tuvo más remedio que comprar el piso de al lado de donde vivía para poder alojar tanto papel.

Con la generosidad que lo caracterizaba, Fidel José hizo una fotocopia de ese informe y me regaló el original, cuando yo ni me acordaba de haber escrito esas páginas siendo tan joven. En ellas puedo comprobar la temprana pertenencia de Fidel José a WWF, entonces ADENA (socio número 97), y la veneración que ambos profesábamos a Hoticiano, el legendario guarda del Refugio, padre del actual, Jesús Hernando. De hecho, el trabajo está dedicado a él: «A Hoticiano, por su ilusión, interés y continua vigilancia del Refugio». Fidel José me citó de memoria estas palabras, asombrado de que no recordase ser el autor del escrito. Al leer de nuevo el texto con calma –casi me parece de otro–, me embarga la emoción, como en el *flashback* de una película que, de pronto, te sitúa en las cárcavas del Riaza 47 años atrás. Noto el entusiasmo que nos contagió Fidel José a todos los lince de ADENA de entonces, y que aparece como una constante entre sus líneas. En la introducción digo que «del Refugio se sale tan embriagado de belleza y grandiosidad que no se resiste la llamada de esa tierra lejana, tendiéndose instintivamente a volver a ella»; palabras que son un eco de expresiones que le escuchaba decir a Fidel José a todas horas en aquellos días memorables.

Me asombran las constantes de su persona que han permanecido a lo largo del tiempo y que ya estaban incoadas en fecha tan temprana. El Refugio se fundó en 1974, de modo que solo llevaba tres años de funcionamiento y ya Fidel José conocía todo lo referente a él, con un detalle y un rigor propios del matemático que estaba a punto de ser. A cuantos le acompañábamos en esas estancias, nos impresionaba su precisión, la enorme cantidad de datos que manejaba ya, y, sobre todo, la intensidad y el entusiasmo que ponía en ese trabajo. Así, por ejemplo, recojo en el informe la observación de una pareja de aguilucho pálido (*Circus cyaneus*), a las 10h: 50m del día 20 de diciembre, y la apostilla de Fidel: «Es la primera cita para el Refugio (ha habido otras, pero fuera de él)». Lo asombroso es que fue capaz de mantener esa intensidad en el tiempo, según se iba haciendo mayor y decrecían sus fuerzas. En inolvidables conversaciones me confesaba, los últimos años, que seguía sosteniéndolo en pie la ilusión, y la confianza, como verdadero cristiano que era, de ser su forma concreta de seguir a Cristo.

Otra constante, que mantuvo hasta su muerte, era la de anotar todo en un cuaderno de campo. Esta costumbre la aprendimos del añorado Félix Rodríguez de la Fuente, pero la manera concreta de llevarlo a término me la enseñó Fidel José. Muchos años más tarde descubrí la importancia que eso tiene para conservar las observaciones de las especies que pueblan un ecosistema; un método que inventó, a principios

de 1900, Joseph Grinnell, primer director del Museo de Zoología de Vertebrados de la Universidad de Berkeley (California), cuyas concienzudas observaciones todavía se conservan y ayudan a los científicos actuales a estudiar el cambio climático de aquellos parajes. Grinnell anotaba todo lo que veía en un cuaderno de campo, pecando incluso por exceso, pues no se sabe el significado que tendrá en el futuro hasta el dato en apariencia más insignificante, para después pasarlo a un diario donde se redactaba por extenso con toda clase de detalles (en nuestro caso eran los informes que entregábamos a Fidel José). El paso final consiste en la elaboración de una lista de especies, ordenada taxonómicamente (en mi texto está al final, en las páginas 17 y 18). Sin conocer por entonces este pormenor, me asombra lo que se parecía nuestro método al del famoso zoólogo norteamericano. El trabajo es arduo, y me cansé pronto de pasar y ampliar las observaciones a un diario, pero Fidel José no. En no mucho tiempo llegó a tener más de 70.000 páginas encuadernadas por años. No he visto un tesón y una constancia tales en casi nadie.

De igual modo, comenzó Fidel José a poner nombre a las peñas y lugares del Refugio que no lo tenían: «Las Ruinas», «Solteros derecha», «Viaducto antes derecha» ... Y a conocer y tratar en pie de igualdad a todos los paisanos de la zona, en especial a los pastores que le conocían por su nombre y mostraban un alto grado de concienciación con los problemas de la naturaleza y del Refugio. Este particular no fue sino creciendo con el tiempo hasta formar una red inmensa de relaciones, totalmente desinteresadas y generosas, con los habitantes de la comarca que valoraban su trabajo y respondían a su entrega enviándole todo tipo de informaciones sobre la historia natural del Refugio. Todos ellos eran citados con nombre y apellidos en las memorables Hojas Informativas, de igual modo que todo aquel que aportaba algún dato, observación o curiosidad digna de mención sobre una zona que se amplió enormemente con la creación del Parque Natural de las Hoces del Riaza. A mi modo de ver, es este uno de los aspectos más interesantes de lo que Fidel José ha supuesto para la zona, y que de algún modo continúa su heredero en la presidencia del Fondo para las Hoces del Riaza, Juanjo Molina y el equipo de los montejanos, así como Jesús Hernando y Jesús Cobo (WWF), Rafael Marina, actual director del Parque Natural, y tantos otros.

Ya entonces poseía Fidel José una resistencia a la dureza del campo fuera de lo común, como si siguiera al pie de la letra las diatribas de don Miguel de Unamuno contra la comodidad o las más recientes de Suso Garzón, en un inolvidable artículo publicado esos años en la revista de ADENA y que los lince

comentábamos a todas horas. La austeridad espartana de Fidel José ha sido otra constante mantenida a lo largo de los años, a pesar de ir haciéndose mayor. Cuántas veces hemos comentado sus amigos el miedo que nos daban sus largas estancias durante los censos de primavera y verano, durmiendo en cuevas, bajo árboles, en el mismo suelo, encamado como una liebre; padeciendo tormentas imponentes, barrizales o un calor abrasador, casi sin agua; malcomiendo al final de la jornada lo primero que sacaba de su mochila. En los últimos quince años yo solía llamarlo casi todos los días, para cerciorarme de que estaba bien, y siempre escuchaba de él, con la alegría de un niño que contempla esas tierras por primera vez: «¡Esto es precioso! ¡Estoy feliz!». Siempre me acordaba del Unamuno de *Paisajes* (1902), como si lo escuchara con la voz de Félix Rodríguez de la Fuente: «¡Hermoso! – me decía a mí mismo–. ¡Inmensamente hermoso! ¡De sobrehumana hermosura! ¡Hermoso! Y así era: hermoso, y no bonito ni bello; hermoso, *formosus*, forma pura, purísima, en puro color» (OC I [1966] 74).

Y es que Montejo nos educó también nuestra percepción estética del paisaje. En las caminatas interminables de aquellos días de invierno, íbamos muchos tramos en silencio, muy atentos a cualquier revelación que nos saliera al paso; veía a Fidel José concentrado, como diría nuestro admirado Félix: «siempre buscando algo en el regazo del viento, siempre preguntando algo a la línea del horizonte, siempre con algo que aprender, con algún secreto que arrancar a la tierra y a las nubes y al sol y a las hierbas y a los animales» (*La aventura de la vida*, Radio Nacional de España, 1974). Por lo que veo en las páginas 8 y 9 de mi informe, yo estaba por entonces entusiasmado con la belleza del Valle del Casuar: «particularmente, es uno de los paisajes que más me maravillan del Refugio; de frente, Peña Cuervo; abajo, el camuflado campamento de ADENA, integrado en el paisaje; y, luego, las inmensas laderas cubiertas de un bosque mediterráneo de encinas». Fidel José me enseñó a amar la austera belleza del páramo, casi mística cuando las nubes dan profundidad al horizonte y vuelan majestuosos los buitres. Después de tantos años creo que a Fidel José podemos llamarlo con todo sentido, «El oyente de la naturaleza».

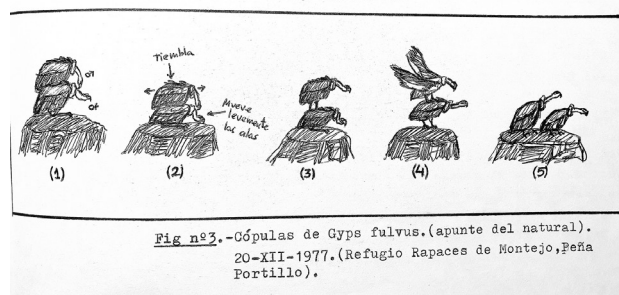
Hoy es bastante fácil asistir a un festín de buitres en el comedero del Refugio, entonces no. Los buitres desconfiaban mucho de los humanos. Durante esos cinco días de diciembre no logramos ver uno de los espectáculos más asombrosos de la naturaleza. Anoté, el día 21, a las 9h: 25m, una de las pocas expresiones de contrariedad de Fidel: «¡Otro día que no bajan!» (pág. 15). En compensación vimos un águila perdicera (*Aquila fasciata*), el día 20 a las 8h: 27m, posada

en una sabina alta, hasta las 8h: 40m, manteniendo el equilibrio debido al fuerte viento, hasta que echó a volar flexionando las alas de manera elegante y poderosa. Hace ya muchos años que se extinguió el águila de Bonelli en la zona, lo que hace más interesante la observación. Ese mismo día, en Peña Portillo, sentados en una roca, bajo una fina lluvia y protegidos por las capas de agua, pudimos observar las cópulas de los buitres leonados a las 16h: 24m. Aunque no logramos ver la fase preliminar de acercamiento, fuimos testigos de cinco fases del etograma:

el macho, encima de su compañera la picotea con toda la suavidad del mundo (siendo un ave tan grande) en la gorguera y el cuello; después, tiembla, mientras la hembra abre un poco las alas; más tarde, el macho se levanta y se queda de pie encima de la hembra un corto rato; esta se cansa y se retira, desequilibrando al macho que entonces abre las alas en todo su esplendor y se baja, quedándose ambos consortes juntos en la repisa (pág. 14).

Un dibujo del informe da cuenta del proceso.

Y como se gana siempre instintiva de la naturaleza hacia la continuidad de la vida; podemos observarla con toda su fuerza y esplendor en Peña Portillo a las 16h y 24 minutos.



Al terminar de leer esas páginas que he evocado aquí, levanté la mirada al infinito, como embelesada y resonante. Me embargó una profunda gratitud por haber conocido a Fidel José. Tengo la esperanza de que la página de nuestra vida que se cerró hace ya dos años, esté siempre abierta para la eternidad.

Dr. Pedro Rodríguez Panizo
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)